

MEJICO
y
SUS REVOLUCIONES.

SEGUNDA PARTE.

PRIMER PERIODO.

MEJICO CONQUISTADO POR LOS ESPAÑOLES.

LIBRO UNICO.

LA CONQUISTA.

Mejico, colonia de la antigua España, debe su fundacion al conquistador D. Fernando Cortes, el mas valiente capitan y uno de los mayores hombres de su siglo para concebir y llevar a efecto empresas que sobrepujan a las fuerzas del comun de los mortales. Este hombre extraordinario, nacido en Medellin en 1485, epoca del descubrimiento del Nuevo-Mundo, desdeñando la carrera literaria, y lleno de ardor por la gloria que en aquel siglo proporcionaban las empresas militares, despues de varias

dudas sobre el teatro que debería elejir se trasladó en 1504 a la isla de Santo Domingo, desde donde pasó a la de Cuba gobernada por el adelantado Diego Velasquez. La sed insaciable de descubrimientos y conquistas que ocupaba a los Españoles establecidos en aquellas islas, punzaba fuertemente el corazón del gobernador Velasquez; pero mas codicioso de oro y de mando que de celebridad y gloria, quería que el riesgo de las empresas fuese a cargo de otros, y sus beneficios y utilidades refluyesen en el solo. Los diversos viajes hechos al continente inmediato por los Españoles establecidos en las islas, especialmente en Cuba, habian proporcionado noticias bastante seguras sobre la existencia, riqueza y poder de las naciones que lo habitaban, y Velasquez, temeroso de que algun aventurero le ganase por la mano, se resolvió a tomar por su cuenta la empresa de apoderarse de aquellos países. Al efecto solicitó y obtuvo de la corte la autorizacion conveniente de hacerlo esclusivamente, y ya asegurado con ella despachó a Juan de Grijalva, pero con fuerzas tan cortas que sin atreverse a emprender nada no hizo mas que tocar en varios puntos de la costa, adquirir noticias mas circunstanciadas del poder de aquellas naciones, y volverse a Cuba para informar a su señor.

Velasquez, lejos de resfriarse por las dificultades cada vez mayores que aparecian en la empresa, se encendió mas con el deseo de vencerlas, pero firme

en su proposito de no hacerlo por si mismo, sino por medio de un teniente encargado de la espedicion, no le era posible encontrar al hombre que buscaba. Segun sus miras este gefe debía ser tan intrepido que no lo detuviese el riesgo, ni escuchase el temor al frente del peligro; tan prudente y previsivo que nada se ocultase a su penetracion; viesse de un golpe y a una simple ojeada el principio y los resultados, y supiese sacar todo partido de las ocurrencias del momento que muchas o las mas veces determinan el feliz o funesto resultado de una empresa. Una actividad sin limites debía hacerlo presente en todas partes para verlo y dirigirlo todo, sin que el descanso que no le era licito disfrutar entrase a la parte de su tiempo, ni lo distrajese un punto de sus ocupaciones; la fecundidad de sus recursos no habia de tener otros limites que los de la multiplicidad y tamaño de los riesgos, para salir de lances imprevistos y apurados, muy temibles por su numero y dificultad en una empresa que debía realizarse con pocas fuerzas, cuyas perdidas eran irreparables, y en países que, por hallarse poblados de gentes desconocidas y en total comunicacion con el resto del orbe, lo constituian en un aislamiento en que nada podria esperar sino de si mismo y de la prontitud de su ingenio: ultimamente debía ser tal la firmeza de su caracter y la superioridad de su ascendiente sobre los que ha-

bían de ponerse bajo sus ordenes, que supiese crearse un prestigio considerable para hacerse respetar, y tener al mismo tiempo la resolución tan resgosa como necesaria de imponer castigos severos para apagar las sediciones demasiado frecuentes en aquella epoca entre los conquistadores españoles. Aunque un tal conjunto de prendas siempre se dificulta en todas partes, se halló un hombre en Cuba que las poseia en grado muy superior, como despues lo acreditó el éxito.

Este hombre era Fernando Cortes, y como tal fué propuesto por sus amigos para el mando de la espedicion al gobernador Velasquez. No podia este desconocer que Cortes era el unico capaz de llenar sus miras bajo de un aspecto, pero bajo otro lo hallaba falto de algunas circunstancias dificiles y acaso imposibles de asociarse con las que debían formar el caracter del que solicitaba: queria que su teniente trabajase solo para él, y renunciase no solo los beneficios pecuniarios y adelantos de fortuna que la empresa podia proporcionarle, sino aun la gloria de los triunfos y el honor y crédito de los medios empleados en obtenerlos, pues envidioso por caracter no podia ver sino con zelos el engrandecimiento ajeno, mucho mas si era de un subdito que estaba bajo sus ordenes. La estravagancia de semejantes pretensiones lo tuvo por muchos dias vacilante e indeciso sobre el nombramiento; mas

la imposibilidad de encontrar la reunion de prendas y circunstancias que podia aquietarlo, lo determinó por fin a correr el riesgo, decidiendose a dar el mando a Cortes, aunque con todas las reservas y precauciones que produce el sobresalto en una alma mezquina y envidiosa.

No sabremos decir si Cortes habria sacudido el yugo de la dependencia de Velasquez aun cuando este hubiese procedido con mas franqueza nombrandolo lisa y llanamente: el conquistador de Mejico tenia una ambicion sin limites, y reconocia en sí mismo demasiado merito para que se resolviese por motivos de gratitud a ceder a nadie el primer puesto de que podia facilmente apoderarse, cuando la palabra *primero* para un ambicioso es una voz de muchisima importancia. Asi pues es muy probable que Cortes habria acabado por sacudir el yugo de la sumision debida; mas esto que habria sido mas tarde y no sin mengua de su crédito, se hizo en cierta manera disculpable por las desconfianzas nimias y estemporaneas del gobernador, que pretendió primero retirarle el nombramiento, y despues que ya habia zarpado la espedicion, dió ordenes repetidas a las autoridades de la isla, que le estaban sujetas, para que en cualquier punto donde tocase lo depusiesen y mandasen preso, encargando lo mismo a varios gefes y soldados de la espedicion que le eran personalmente adictos por relaciones de pa-

rentezco unos, y otros de estrecha amistad. La habilidad de Cortes hizo que estas ordenes, lejos de perjudicarlo, se convirtiesen en su favor y contra Velasquez. Lo infundado de sus sospechas de alzamiento, de que no existía la mas lijera prueba, a nadie era tan patente como a los gefes y soldados de la expedicion, y por lo mismo no podia ocultarseles la injusticia de querer tratar como un facineroso a aquel cuya inocencia no podian desconocer; así es que sin cuidarse de dar gusto a Velasquez ofrecieron a Cortes obediencia y sumision, y se adelantaron hasta pedirle los condujese a nuevas conquistas y descubrimientos, que los hiciesen ricos y estendiesen los dominios de Castilla.

La armada y el ejercito, pues todo era lo mismo, se formó en Santiago de Cuba y recibió aumentos considerables en la Trinidad y en la Habana, se componia de once buques, quinientos ocho soldados y ciento nueve entre marineros y artesanos: el tren de artilleria consistia en seis pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes, y entre los soldados las armas de fuego no escedian de cuarenta y cinco, siendo las demas, espadas, lanzas y otras cortantes. Con esta expedicion poco aumentada, pues jamas llegó a mil y quinientos hombres, subyugó Cortes a la mayor y mas guerrera de las naciones del Nuevo-Mundo, y destruyó el imperio mas vasto y organizado que en el existia, compuesto a lo me-

nos de tres millones de habitantes que nada tenían de comun con las tribus barbaras y salvajes por las cuales estaban pobladas todas las islas y las cuatro quintas partes del continente. Cortes tuvo la fortuna de que su ejercito, aunque pequeño, fué lo mas selecto que se empleó en America en las expediciones de conquista: los capitanes que lo componian y estaban bajo sus ordenes pertenecen todos a los heroes de aquel siglo. Su resignacion en los sufrimientos, su constancia en no desistir de la empresa aun cuando esta parecia enteramente desesperada, su actividad en desempeñar las comisiones que se les confiaban, y su entereza e inflexibilidad en mantener la disciplina, son las verdaderas causas de que la conquista de Mejico en nada se haya parecido a las demas que hicieron los Españoles en el Nuevo-Mundo. La conquista de Mejico fué obra de un plan y un designio perfectamente combinados en todo aquello que estaba al alcance de la mas perspicaz prevision, y auxiliados con mucha oportunidad por las medidas mas propias y adecuadas, que para desembarazarse de las dificultades y lances imprevistos, improvisaba el talento del general. No se trataba de esterminar a los habitantes sino de someterlos, no de pillar las poblaciones sino de ponerlas en contribucion, y no se entraba en accion de guerra sino cuando el enemigo acometia, y para evitar la agresion se habian tentado previa

e infructuosamente todos los medios pacíficos.

Los principios políticos de Cortes fueron los que mas tarde puso en practica Bonaparte en un teatro mas grande. Desde que desembarcó en Ulua conoció lo difícil de su posición; a la espalda no dejaba sino enemigos, y al frente los tenía mayores en un imperio que debía devorarlo o sometersele; tampoco podía contar con su pequeño ejército, en el había partidarios de Velasquez, hombres que se asustaban con lo arrojado de una empresa temeraria, y otros muchos que temían ser tratados como rebeldes por una corte vendida enteramente al adelantado de Cuba. Esta posición, la mas difícil que ha podido ofrecerse a nadie, no lo desalentó, ni produjo en él embarazo ninguno; determinó apoderarse del imperio que tenía al frente y ofrecerlo a su soberano, con lo primero adquiría una gloria inmortal y se hacía un lugar en la historia, y con lo segundo se hacía respetar de la corte del emperador, ante la cual la grandeza de la donación haría desaparecer la pequeña irregularidad en los medios de adquirirla.

Legalizar su autoridad y asegurarse de su ejército fueron los primeros pasos de Cortes: para lo primero sujetó a sus soldados se convirtiesen en colonia, fundando la ciudad de Veracruz y creando un ayuntamiento ante el cual resignó el mando y que se lo confirió de nuevo a nombre del rey mien-

tras este determinaba otra cosa: para lo segundo procuró captarse la voluntad de los capitanes y soldados, haciendo uso unas veces de aquellas maneras y modos atractivos que le eran geniales y característicos, y otras ponderando la gloria y comodidades que iban a adquirir por la posesión de las riquezas que tenían delante. Mas a la penetración de Cortes no podía ocultarse que jamás podría contar con la obediencia de sus soldados, y su constancia en seguirlo sino poniéndolos en el duro y estrecho caso de morir o vencer: lo grande de la empresa y los peligros casi insuperables que la rodeaban habían dado ocasión o pretexto a sublevaciones que solo habían podido cortarse por la habilidad del general, y era muy claro que estas se reproducirían siempre que la proximidad del peligro lo hiciese aparecer mayor, o se sufriese un reves con que no se había contado.

Estas consideraciones le sugirieron una medida sin ejemplo en la historia para salir del embarazo en que se hallaba, y fué la de destruir los buques todos de su armada, y renunciar de esta manera a otro medio de salvación que una completa victoria. Este proyecto gigantesco y temerario en sí mismo, no lo era menos por la dificultad de su ejecución, pues no siendo justo ni decente que se llevase a efecto sin el consentimiento del ejército, quedaba todavía en pie la principal dificultad, es decir, la de obtenerlo. Mas la in-

flexible perseverancia de Cortes, y la destreza natural de que se hallaba dotado para manejar los negocios mas arduos logró por fin sobreponerse a ella, y las naves fueron destruidas a la vista y con aplauso de todo el ejercito. Así es como seiscientos hombres, por un esfuerzo de valor al cual la historia nada presenta de comparable, resolvieron encerrarse en un pais enemigo, poblado de naciones poderosas y desconocidas, renunciando a todos los medios de evitar el riesgo por una retirada, y no reservandose otros recursos que los que podian encontrar en su constancia y valor.

Estos grandes pasos habian puesto a disposicion del conquistador los medios materiales de obrar, pero la empresa no estaba todavia ni aun empezada. Estando resuelto a hacerse dueño del imperio, proyectó apoderarse de la capital y de la persona del monarca; mas como para hacerlo a viva fuerza era necesario sostener muchas acciones de guerra, que aun cuando todas le fuesen favorables, al fin vendrian a acabar con su pequeño ejercito, se decidió a aparecer mas como negociador que como guerrero, resuelto a no hacer uso de las armas sino en el ultimo caso, y en cuanto fuese necesario para sostener la reputacion de invencible que con buen exito habia procurado adquirirse. Se presentó pues a los agentes de Moctezuma con el caracter de enviado de su monarca, demandando el permiso de pasar

personalmente a Mejico y tratar directamente con el emperador. Este, como era de esperarse, se reusó a ello cortesmente, mas el conquistador se mantuvo inflexible y no rebajó un solo punto en sus pretensiones. A las varias conferencias que sobre esto se tuvieron se siguió el retiro de los agentes de Moctezuma, que aunque sin atreverse a hostilizar el campo español, lo abandonaron con aire amenazador y dejaron de ministrar los viveres que tanta falta hacian en él. Aquí empezaron los apuros de Cortes, pues la situacion en que lo habia puesto este contratiempo lo obligaba a salir a campaña muy temprano apareciendo agresor, y forzosamente a desistir de su plan, o a consumir un tiempo precioso en la inaccion y ociosidad, con el riesgo de perecer al rigor del hambre y del clima de las costas, cosas ambas que ya habian empezado a escitar algunas murmuraciones, sin tomas precursores de una abierta sublevacion.

Felizmente para Cortes se presentaron en el campo, aunque con aire de medrosos, algunos diputados de la provincia vecina de Zempoala, que recientemente conquistados por los Mejjicanos, abrieron la conferencia por manifestar sin embozo la impaciencia con que sufrían el yugo que acababa de imponerseles, y demandaban la proteccion de los Españoles para sacudirlo. Como era de creerse, se les acordó cuanto pedían, a condicion de hacerse subditos del rey de España, y en razon de tales auxi-

liar al ejército español con cuanto necesitase. Este suceso inesperado con que no se contaba, no solo restableció las esperanzas del soldado y con ellas su decision y valor, sino que puso en manos del general los medios de que hasta entonces carecia para realizar su plan de subyugacion. Aquí da principio aquella serie de profundas combinaciones por las cuales se logró armar una parte de los habitantes de estas rejiones contra la otra, interesando a unos en la destruccion de los otros, batiendo en detal y con las fuerzas de los aliados a los que oponian resistencia, obligando a estos despues de derrotados a seguir la causa del vencedor y a militar en sus banderas, y acabando por la destruccion del imperio y la subyugacion de los que lo componian.

Los Zempoales, luego que se consideraron bastante fuertes por la alianza de los Españoles, sacudieron el yugo de la obediencia propasandose a los actos mas violentos, asi es que se apoderaron de todos los ajentes de Moctezuma, y los habrian sacrificado a sus dioses si Cortes no se los hubiera prohibido, con la mira de ponerlos en libertad secretamente como lo hizo, obligando a Moctezuma por tan señalado servicio, si no a recibirlo en su capital como deseaba, al menos a no hostilizarlo, cuando en la realidad era todavia muy debil. Las esperanzas de Cortes no salieron fallidas, y el resultado correspondió exactamente a ellas. Sorprendido Moctezuma

de un acto de humanidad de que no habia ejemplar en aquellas naciones, en las que los prisioneros hechos al enemigo eran irremediabilmente sacrificados, quedó completamente desarmado; y el furor que lo animaba de que un aventurero quisiese contra su voluntad introducirse en la capital del imperio, dió lugar a sentimientos mas generosos. En consecuencia, despues de haber manifestado a Cortes su gratitud en los terminos mas espresivos, le instó de nuevo para que desistiese de su intento; pero este, eludiendo la cuestion y firme en el proposito de hacer suyos, para que le sirviesen en sus miras, a todos los enemigos del imperio, dejando bien guardadas las espaldas por la cordialidad de los Zempoales y la guarnicion de Veraacruz, fuerte de mas de cien hombres a cargo de Juan de Escalante, determinó moverse hacia Tlascala, y solicitar su amistad y apoyo para abrirse con mas seguridad el paso hasta Mejico.

La republica de Tlascala, aislada y cercada al mismo tiempo por todas partes del territorio del imperio, habia logrado no solo sostenerse contra las fuerzas de este, sino tambien asegurar la reputacion de sus armas y gobierno, que mil veces frustraron los planes mas bien combinados para subyugarla concebidos y puestos en ejecucion por los Mejicanos. El odio nacional entre potencias limitrofes que estan en guerra continua, si se halla exacervado por

actos reciprocos de crueldad como sucedia entre Mejico y Tlascalala, llega a ser una pasion inestinguible y sin freno, que para conseguir la destruccion del contrario, es capaz de sacrificar hasta su propia existencia. No iba pues mal fundado el conquistador cuando presumió que los Tlascaltecas se le entregarían con la misma facilidad que los Zempoales, sin otra condicion que la de destruir a Mejico y partir con ellos sus despojos; pero alguna vez lo verosímil no es cierto, como sucedió en este caso. Contra todas las probabilidades de la naturaleza de las cosas y las que ministraba la antigua amistad entre Zempoales y Tlascaltecas, Cortes solicitó en vano el permiso para pasar a Mejico por el territorio de la republica. El senado no solo lo negó sino que apriisionó a los Zempoales que lo solicitaban y se preparó con las armas a sostener su negativa: así se supo despues de muchos dias en el campo español por uno de los enviados que logró fugarse de la prision. Comprometido nuevamente por este suceso el plan de evitar toda accion de guerra, fué ya indispensable desviarse de él, aunque momentaneamente, para sostener la reputacion de las armas españolas y seguirlo despues con mas constancia y seguridad bajo esta solida base.

Por ambas partes se prepararon a la lucha que terminó en tres batallas campales, en las que los Tlascaltecas fueron completamente derrotados, a pe-

sar de la desproporcionada superioridad de sus fuerzas y de su valor indomable. Los Españoles se admiraron de encontrar una resistencia a que no estaban acostumbrados; pero lo que mas sorpresa les causó fué la perseverancia en combatir a pesar de las derrotas. En catorce dias que duró esta campaña cargaron sobre ellos desde tres hasta treinta mil hombres, que se batieron con la misma intrepidez el primero que el último dia de ella. Sin embargo no pudieron lograr ventaja ninguna considerable sobre los Españoles que, por la superioridad de su disciplina y de sus armas, así ofensivas como defensivas, se hallaban en estado de no sufrir gran daño de palos, piedras y flechas, é igualmente de causarlo en una multitud desnuda, para la que no habia golpe en vano ni tiro perdido, y que todo lo fiaba al numero, a la intrepidez y al valor.

El triunfo de Cortes fué manchado con una de aquellas crueldades gratuitas, tan comunes en aquel siglo, y que en todas las conquistas, si se esceptua la de Mejico, fueron de un uso muy frecuente. Sea por principios de generosidad o con el objeto de espiar el campo enemigo, muchos Tlascaltecas iban a el con viveres para el sustento de los Españoles en el periodo de las hostilidades. Cortes se apoderó de unos cincuenta de los principales, y creyendo o afectando creer que eran espías, les hizo cortar a todos las manos, y así mutilados los envió a Tlascalala. El

senado de esta republica, aterrado con las frecuentes derrotas, en las que no se habia podido lograr otra ventaja sobre sus enemigos que la muerte de dos caballos; y temiendo que su ciudad fuese el teatro de sangrientas crueldades de las cuales habian empezado ya a dar muestra los Españoles en la mutilacion de los cincuenta, se resolvió por fin a hacer la paz y a someterse a las condiciones que quisiese imponerle el vencedor. Estas fueron muy sencillas; por una parte se estipuló la sumision a la corona de Castilla, y la obligacion de auxiliar al ejercito en todas sus empresas, y por la otra la proteccion del monarca español a las personas y propiedades de los subditos de la republica, y el sosten de su constitucion y gobierno. Asi terminó una guerra que si en sus principios puso en grandes riesgos e hizo problematica la empresa de Cortes, en sus resultados la aseguró mucho mas que si no hubiera existido. Ella sostuvo la reputacion de las armas españolas, y por su exito propagó en todas las naciones del continente, a las que pudo llegar su noticia, la ilusion de ser invencibles las huestes de los dioses del Oriente, quienes habrian aparecido simples mortales como los demas si se hubiese prolongado un poco la resistencia, pues la escasez de viveres y la multitud de heridos y enfermos fomentaban ya el desaliento, y destruian la confianza en los propios recursos y la seguridad del triunfo, que es el alma de semejantes

empresas. Los Tlascaltecas, una vez hecha la paz, fueron constantemente fieles a los Españoles y puntuales en el cumplimiento de sus empeños: su republica, como severá despues, fué el unico y verdadero punto de apoyo que el ejercito español tuvo para apoderarse de Mejico a viva fuerza, despues de haber sido completamente derrotado en la retirada que hizo de esta ciudad.

Cortes entró por fin sin oposicion en Tlascala con la apariencia de aliado, pero en la realidad como señor, y fué recibido en ella con entusiasmo por los magnates y el pueblo. En los veinte dias que estuvo en esta ciudad, no perdió ocasion de consolidar y asegurarse el afecto de los Tlascaltecas usando de sus maneras atractivas, prodigandoles todo genero de promesas y haciendoles entrever y esperar para su republica un porvenir de poder y grandeza que jamas llegó: supo tambien jugar diestramente el poderoso resorte del odio nacional confirmandolos en el que siempre habian profesado a los Mejicanos, hasta lograr que no viesen en el sino el unico instrumento capaz de destruir por sus fundamentos el poder de sus enemigos. Mas cuando ya habia logrado cuanto podia apetecer, estuvo a pique de perderlo todo por uno de aquellos arranques de fanatismo e intolerancia a que era tan propenso por caracter. Despues de haber tenido varias conferencias con los principales Tlascaltecas sobre la falsedad de su re-

lijion, se empeñó en que la abandonasen adoptando la de los Españoles; mas no habiendo podido adelantarse un paso, quiso lograr por la fuerza lo que no pudo la convicción, adquiriendo a la religión un triunfo salvaje y que de nada podía servirle. En Zempoala derribó los idolos no sin gran repugnancia y muestras de inquietud y sublevación de aquel pueblo, y este hecho fué una de las causas que determinaron a los Tlascaltecas a resistirle de frente cuando solicitó el permiso de pasar por su ciudad para Mejico.

En Tlascala pretendía destruir la superstición por los mismos medios a falta de otros mejores, y habría tal vez causado una conmoción popular, pues ya todo estaba preparado para resistir semejante violencia si no lo hubiese impedido el capellán de su ejército Fray Bartolomé de Olmedo, religioso mercenario. Este eclesiástico que haría honor a la filosofía y tolerancia del siglo presente, muy superior a las ideas y preocupaciones de la inquisición que dominaban en el suyo, se presentó a Cortes y le hizo ver que la fuerza era un medio injusto de propagar el cristianismo, cuya adopción solo podía ser obra del convencimiento, incapaz de ser producido y sí, mas bien imposibilitado por una violencia exterior: que Dios no podía reconocer ni recibir los homenajes de un corazón hipócrita, ni los movimientos exteriores y embusteros de un hombre que aparentaba profesar una doctrina y rendir un culto que en su inte-

rior detestaba: y por último que aun cuando se supusiese la licitud y eficacia de este modo de proceder, no había llegado el tiempo ni la oportunidad de hacerlo, pues de insistir en tan estravagante como estemporánea pretensión, el resultado indefectible sería el contraerse la enemistad del pueblo único que podía prestar apoyo a la subyugación del país y con ella al establecimiento de la religión. Convencido Cortes por la eficacia de tan poderosas reflexiones, desistió de su empeño limitándose a exigir la supresión de los sacrificios humanos; y libre ya de una ocupación poco digna de su puesto, se dedicó a hacer los preparativos necesarios para dirigirse a Mejico.

Cuando Moctezuma supo las repetidas derrotas de los Tlascaltecas, y que en poquitos días el ejército español consiguió lo que en muchos años había sido imposible a las fuerzas reunidas del imperio, es decir la subyugación de Tlascala, se le aumentaron los temores de que ya estaba poseído. Este príncipe, contra todo lo que podía presumirse de las disposiciones conocidas en su carácter resuelto y atrevido, manifestó desde el arribo de los Españoles a sus costas una pusilanimidad e indecisión de que Cortes supo aprovecharse con ventaja. Se mantuvo constante en su negativa sobre el permiso que se le pedía para pasar a su corte, pero fluctuando entre la ira y el temor, jamás se resolvió a

romper abiertamente con Cortes cargando sobre él todas las fuerzas del imperio, con lo cual es muy probable habria logrado destruirlo por solo la repetición de las victorias españolas y de las derrotas del ejército mejicano. Se propuso alejarlo de Mejiico precisamente por los medios que lo atraian a esta ciudad, es decir por lo rico y abundante de los regalos, y esta clase de negociacion se suspendia o entablaba segun eran las ventajas que adquiria el ejército sobre los pueblos, y la resistencia que estos le oponian. Asi es que cuando en Mejiico se supo la total derrota de los Tlascaltecas y que estaban en visperas de hacer la paz, se volvió al camino trillado y ordinario de los presentes, con el objeto aparente de embarazar el paso a la corte, y el verdadero de impedir la alianza entre el general español y la republica. Este incidente fué muy favorable a Cortes, pues afectando que le hacian impresion los temores que procuraban infundirle los enviados de Moctezuma, sobre la buena fe de los Tlascaltecas, los obligó a repetir y multiplicar las seguridades de sus protestas, y se puso de este modo en estado de conocer y valuar la sinceridad de ellas y el grado de credito que merecian. Cuando hubo logrado esto, e igualmente que los agentes de Mejiico palpasen que la paz estaba solida y sinceramente establecida, los despidió desde Tlascala a donde habia hecho que le acompañasen diciendoles que no habia podido ne-

garse a hacer la paz con la republica, ni le era posible dejar de llevar personalmente la embajada del rey de España a su señor.

Dispuesto ya todo, Cortes avisó al senado la resolución en que se hallaba de pasar a Mejiico, y este cuerpo, para dar principio al cumplimiento de sus empeños, lo tuvo muy grande en que le acompañasen todas las fuerzas de la republica comandadas por sus mejores generales; pero no fueron admitidos sino seis mil hombres, y estos con el ejército marcharon para Cholula, lugar que nuevos enviados de Moctezuma, portadores del permiso de pasar a Mejiico, habian señalado para hospedar en su marcha al general. Los Tlascaltecas, ya sea porque lo presumesen o porque tuviesen algun aviso de la red que se tendia en esta ciudad al ejército español, procuraron antes de la entrada en ella infundir sospechas sobre las disposiciones de los Mejicanos, y no fué de las menores el haber reusado la entrada a los soldados de la republica que acompañaban a Cortes, cosa en que este no pudo decentemente insistir, por el estado de guerra abierta que existia entre ambas naciones, y del cual resultó que los aliados acampasen a alguna distancia de la poblacion. Aunque la precaucion con que vivia Cortes era suma, nada habia podido penetrar que debiese alarmarlo; sin embargo el proyecto de sorprenderlo existia y lo supo por algunos Tlascaltecas que, en-